

La mujer temblorosa

José Gordon

Se conoce como “la bella indiferencia”. En los momentos más dolorosos hay una extraña despreocupación. El término fue acuñado por Pierre Janet, neurólogo pionero en el estudio moderno de los trastornos mentales y emocionales. Se aplica en particular a la histeria o desórdenes de conversión.

¿Eso es lo que sufría la novelista Siri Hustvedt? No era una mala hipótesis. A su padre no le quedaba mucho tiempo de vida. En la noche anterior a su muerte, Siri tuvo una premonición: soñó que estaba con su padre —quien vivía en otra ciudad. Él extendía sus brazos hacia la hija. Siri se inclinó para ser abrazada, pero antes de que pudiera hacerlo, despertó. A la mañana siguiente, recibió una llamada telefónica de su hermana: el padre había muerto. Siri colgó el teléfono, se levantó de la silla donde estaba, subió las escaleras hacia su estudio y se sentó a escribir unas palabras en honor de su padre. No lloró. En el funeral leyó su texto con voz firme, sin derramar una lágrima.

Pasaron dos años y medio. El departamento de filología noruega, donde su padre había sido profesor —en la Universidad de St. Olaf, en Minnesota— durante cerca de cuarenta años, le rindió un homenaje. Siri volvió a hablar en público sobre su padre. Describe así lo que ocurrió:

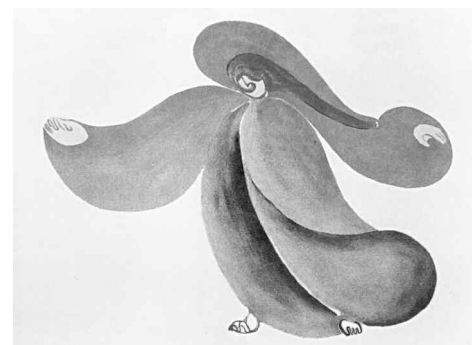
Mientras redactaba aquel segundo texto, tuve la clara sensación de estar oyendo la voz de mi padre, quien solía escribir unos discursos excelentes y muy divertidos. Así que intenté reflejar ese humor tan suyo en algunas de mis frases. Incluso llegué a escribir: “Si mi padre estuviera hoy aquí, habría dicho...”. Segura de mí misma y provista de fichas llenas de anotaciones, miré al público, compuesto por unos cincuenta ami-

gos y colegas suyos que se habían reunido alrededor del abeto noruego conmemorativo, lancé mi primera frase y, a continuación, empecé a temblar descontroladamente de la cabeza a los pies. Mis brazos se agitaban de forma desmedida. Mis rodillas chocaban una contra otra. Temblaba como si fuera presa de un ataque epiléptico. Lo increíble era que no me afectaba la voz en absoluto. Hablaba como si siguiera impertérrita. Estupefacta ante lo que me estaba sucediendo y aterrada ante la posibilidad de caer redonda en cualquier momento, logré mantener la calma y terminar el discurso, a pesar de que las notas que sostenía entre las manos se desperdigaron sin orden ni concierto delante de mí. El temblor cesó en cuanto dejé de hablar. Me miré las piernas. Las tenía totalmente rojas, casi moradas.

Esta experiencia, narrada por Siri Hustvedt en el libro *La mujer temblorosa o la historia de mis nervios* (Anagrama, 2010), la llevó a una búsqueda de un diagnóstico, de una explicación de lo que le sucedía. La lucidez y la calma mental durante los temblores no eran síntomas asociados con la histeria. ¿Qué trastorno sufría? Los temblores volvieron a ocurrir, también algunos episodios de migraña. ¿De qué se trataba? ¿Cómo podía curarse?

Para encontrar respuestas, Siri se interesó en los estudios teóricos y prácticos de la psiquiatría, la neurología y el psicoanálisis. Investigó las fronteras que existen entre la enfermedad física y mental. De ahí el interés del doctor Oliver Sacks por este trabajo. Dice el autor de *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*:

Siri Hustvedt, una de nuestras mejores novelistas, es desde hace mucho tiempo una



Giacomo Balla, *Proserpina*, 1915

brillante exploradora del cerebro y de la mente. Pero recientemente esta investigación ha tomado un cariz más personal. ¿Sus “temblores” eran una conversión histerica o un ataque de epilepsia? *La mujer temblorosa* es la historia —provocativa, pero también divertida, enciclopédica y a la vez accesible— de su intento por resolver esta pregunta.

La cuestión clave se centra en la asombrosa relación entre la mente y el cuerpo. Siri nos dice con agudeza que a las enfermedades psiquiátricas o neuronales las identificamos con nuestro ser: “Soy bipolar”, “soy esquizofrénico”. En contraste, “nadie dice ‘soy un cáncer’ o ‘soy canceroso’ a pesar del hecho de no ser una enfermedad provocada por un virus o por una bacteria intrusa sino el resultado de la mutación de nuestras propias células”. Así, uno dice “tengo cáncer”. Esta sutil diferencia entre ser y tener nos habla de los dualismos con que narramos nuestros trastornos.

¿Quién es el yo que padece una enfermedad? ¿La mujer temblorosa es la mujer narradora o no lo es? Siri Hustvedt nos habla de la importancia de los fármacos como el lorazepam y el propranolol para aliviar el padecimiento, al mismo tiempo que valora la incorporación de las memoria dolorosa a nuestro ser narrativo, a la historia que tejemos sobre nosotros mismos. Asumir al ser tembloroso en nuestros propios relatos transforma tanto al cerebro como a las novelas de nuestras vidas. ■